

OFICINA DE INFORMACIÓN / HOMILIA DEL SR. ARZOBISPO. 25/12/2018
MISA DEL DÍA DE NAVIDAD 2018

Feliz Navidad a cuantos celebráis esta Eucaristía en la Catedral. Tal vez muchos celebrasteis anoche la Misa de medianoche y escuchasteis el precioso relato de san Lucas sobre el nacimiento de Jesús en un lugar apartado, mitad cueva, mitad establo, del lugar común de Belén, a donde habían llegado María y José desde Nazaret. En el evangelio de la tercera misa de Navidad (Jn 1,1-18) parece que todo lo que es amable y familiar se ha alejado a la extraña dimensión del misterio. Aquí no se habla ya del Niño ni de la Madre, no se dice nada de los pastores y de sus ovejas, nada del cántico de los ángeles, que anuncian la paz partiendo de la gloria de Dios.

Pero también el evangelio de hoy habla de una luz que ilumina en las tinieblas; habla de la gloria de Dios que nosotros podemos contemplar, como gracia, en el Verbo hecho carne, y habla del Señor que no fue aceptado en su propiedad o en los que eran los suyos. Aunque las palabras sean distintas y más misteriosas, aparece también el establo en el que el hijo de David debía nacer, puesto que no había lugar para Él en la ciudad, en la sociedad.

Así que, si se examina con profundidad las cosas, se reconoce que en este evangelio ahora proclamado no habla de otra cosa que de lo que hablan los evangelios de las misas de nochebuena. Sólo que parten de distintos puntos de vista. San Lucas y, de un modo semejante, san Mateo cuentan la historia terrena y nos descubren, a partir de ahí, el acceso a la actuación misteriosa de Dios. San Juan, como un águila, contempla todo a partir del misterio de Dios y muestra cómo llega hasta el pesebre, hasta la carne y la sangre del ser humano. Así, pues, ¿de qué se trata propiamente? ¿Qué es lo que pretende decirnos la Iglesia para el día de Navidad y, partiendo de ahí, para todo el año, y, en definitiva, para nuestra vida, al presentarnos este texto tan solemne en lugar del cálido relato del nacimiento?

Lo primero que hay que decir es que este evangelio del prólogo de san Juan corresponde, desde los tiempos más antiguos, a la liturgia de la Navidad, porque contiene la frase que nos ofrece la causa y el motivo de nuestra alegría navideña, el contenido propio de la fiesta: “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (1,14). Y es que en Navidad no celebramos el día natalicio de un hombre grande cualquiera, como los muchos que existen. Tampoco celebramos simplemente el misterio de la infancia o de la condición de niño, como gusta decir a nuestra sociedad.

Ciertamente que lo puro y abierto del niño nos hace esperar, nos proporciona esperanza. Nos da ánimos para contar con nuevas posibilidades. Pero si nosotros nos aferramos demasiado a esta idea, al nuevo comienzo de la vida que se da en el niño, entonces lo único que podría quedar en definitiva sería la tristeza: porque también esto “nuevo” acaba por hacerse viejo y usado. También el niño entrará en el campo de la competencia y de rivalidad de la vida, participará de sus compromisos, y acabará siendo, igual que todos, presa y botín de la muerte.

Si nosotros no tuviéramos en Navidad otra cosa que celebrar que sólo el idilio del nacimiento de un ser humano y de la infancia, entonces en último extremo no quedaría nada de tal idilio. Entonces nada tendríamos que contemplar más que el morir y volver a ser; entonces cabría preguntarse si el nacer no es algo triste, puesto que sólo lleva a la muerte. Por eso es tan importante observar que aquí ha ocurrido algo más: el Verbo se hizo carne.

“Este niño es hijo de Dios”, dice un villancico navideño. Aquí sucedió lo tremendo, lo impensable y, sin embargo, también lo siempre esperado: Dios vino a habitar entre nosotros. Él se unió tan inseparablemente con el hombre, que este hombre es efectivamente Dios de Dios, luz de luz y a la vez sigue siendo verdadero hombre.

Éste es el eterno sentido de la Navidad: se puede contemplar e incluso tocar al Verbo de Dios (cf. Jn 1,1). Pues lo que san Juan denomina “la Palabra”, el Verbo, significa en griego al mismo tiempo algo así como *el sentido*, como si tradujéramos: *El sentido se ha hecho carne...* El sentido nos conoce, nos llama, nos conduce, nos da sentido a nuestra vida. Cristo está pensado para cada uno de nosotros de una manera totalmente personal. Él mismo es una persona: el Hijo del Dios vivo, que nació en el establo de Belén.

A muchos hombres y mujeres tal vez les parezca esto demasiado hermoso para que sea verdadero, pero lo que aquí se nos dice es que existe un sentido, y el sentido tiene poder. Es Dios. Y Dios es bueno. Dios no es un ser sublime y alejado, al cual no se puede llegar. Se halla totalmente próximo, al alcance de la voz, y se le puede alcanzar siempre. Él tiene tiempo para mí, tanto tiempo que hubo de yacer en un portal y que permanece siempre como hombre.

Pero nos volvemos a preguntar: ¿puede ser esto verdad? ¿Se amolda efectivamente a Dios el ser o hacerse niño? No queremos creer que la verdad es hermosa; pues según nuestra experiencia, la verdad es, por lo general, cruel y sucia: y cuando alguna vez parece que no lo es, entonces horadamos y cavamos en torno a ella hasta confirmar nuevamente nuestra sospecha.

Lo que sucede es que nosotros con frecuencia nada queremos saber de Dios. “Los suyos no le recibieron” (1,11). Al fin de cuentas, nosotros preferimos nuestra terca desesperación a la bondad de Dios, la cual, partiendo de Belén, podría tocar a nuestro corazón. Y es que somos demasiado soberbios para dejarnos salvar y redimir.

“Los suyos no le recibieron”; el abismo de esta frase no se agota con la historia de la búsqueda de alojamiento por parte de José y María, que nuestros nacimientos representan y actualizan con tanto amor. Tampoco se agota con el llamamiento moral a pensar en los que no tienen techo o los inmigrantes, por muy importante que se esa llamada. Esta frase apunta a algo más profundo de nosotros, a la causa más profunda de que la tierra no ofrezca a tantos ningún cobijo o techo: nuestra soberbia cierra las puertas a Dios y de esa manera también a los hombres y mujeres.

Somos demasiado orgullosos para ver a Dios. En el fondo nos ocurre lo que a Herodes, o a los que no escuchan el canto de los ángeles, porque no quieren ser molestados por Dios, sino pertenecer sólo a sí mismo. Por eso no queremos recibir

a Aquél que viene a los suyos, porque entonces tendríamos que transformarnos y reconocerle a Él como nuestro dueño, como el Señor.

Él vino como niño para quebrar nuestra soberbia. Pero Él no busca nuestra capitulación, sino nuestro amor. Él quiere librarnos de nuestra soberbia y así hacernos efectivamente libres. Dejemos, pues, que la alegría tranquila de este día penetre en nuestra alma. Ella no es una ilusión. Es la verdad. Pues la verdad, la última, la auténtica, es hermosa. Y, al mismo tiempo, es hermosa. El encontrarse con ella hace bueno al ser humano. Ella habla a partir del Niño que ha nacido, el cual, sin embargo, es el propio Hijo de Dios.

Por eso, nuestro evangelio desemboca en la frase: “Y vimos su gloria...” (1,14). Estas podían ser las palabras de los pastores, al regresar del establo y resumir sus vivencias. Podían ser las palabras de José y María al describir los recuerdos de aquella noche de Belén. Quiera Dios que sean las nuestras, las que pudiéramos decir nosotros, los cristianos hoy: hemos visto su gloria. El que cree, ve. ¿Pero hemos visto nosotros? ¿No estamos todavía un poco ciegos? Dejemos que nuestros ojos sean abiertos por el misterio de este día y así podamos ver. Y así podremos ver como personas que ven. Así podremos también nosotros ser portadores de la luz que procede de Belén y luego decir, llenos de confianza: que venga tu Reino, que venga tu luz, que venga tu alegría. Amén.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España